

HAY QUE VER...

PROBLEMAS DEL MATRIMONIO

A muchos nos arrastra con frecuencia al «Rastro» la afición a los libros viejos. En estas excursiones suele uno tropezar con algún librote sucio, incompleto, sin principio ni fin, pero cuyo algo de seducción nos reserva de vez en cuando una sorpresa. Estas hojas húmedas o polvorientas despiertan siempre nuestra curiosidad, nuestro deseo de averiguar. El polvo, la humedad o la polilla no pueden afean el texto ni las filosofías que en algunos casos encierran.

Refiérome ahora a una serie de aquellas hojas, con los cantos chamuscados, que llamaron mi atención por ocuparse de lleno en el estudio de la primera «sociedad en comandita» de que nos habla la historia y que fundaron nuestros primeros padres, o sea la del hombre con la mujer. Supongamos que el autor que voy a plagiar vivió en el año 1.700 o en tiempo anterior y acojamos sus palabras:

Seguramente os podéis casar, señor, — dice — más no quisiera yo tener mayor contrición de mis pecados que la que tienen muchos hombres de verse casados. Contraer matrimonio es cosa muy fácil, más, sostenerlo hasta el fin, téngolo por muy difícil y de ahí que todos los que se casan por amores vivan después con dolores. Considerados los enojos que da la familia, la pesadumbre de la mujer, el cuidado de los hijos, las necesidades de la casa, la provisión de las criadas, la inoportunidad de los cuñados, y el congeniar con los suegros, resulta que, aunque estas cosas no basten a causar el arrepentimiento, por lo menos son motivo de cansancio. Preguntado un filósofo porque no se casaba, dijo: Porque la mujer que tengo que tomar, si es buena tégola de perder; si rica, de sufrir; si fea, de aborrecer; y si hermosa, de guardar; y, lo que es peor de todo, que doy para siempre mi libertad a quien jamás me lo ha de agradecer. La riqueza acongoja, la pobreza entristece, la lucha espanta, el comer empalaga y el caminar cansa;

los cuales trabajos, si los vemos sobre muchos estar derramados, en los casados están todos juntos porque al hombre casado pocas veces le veremos que no ande acongojado, triste, cansado, empalagado y aún asombrado; y digo asombrado de lo que a él puede acontecerle y de lo que su mujer puede osar hacer. Al hombre que topa con una mujer necia, o loca, o chocarrera, o liviana, o glotona, o rencillosa, o perezosa, o andariega, o incorregible, o celosa, o absoluta, o disoluta, más le valiera ser esclavo de un buen hombre que marido de tal mujer. Terrible cosa es sufrir a un hombre, más también hay mucho que conocer en una mujer. Y no quiero o no oso decir más, porque si en esto me ocupase y licencia a mi pluma diese, faltárame tiempo para escribir, más no materia para decir.

Veamos ahora el relato de una cristiana que vivió en el 1.800:

— Acabo de cumplir veinticuatro años y de enterrar a mi último esposo de seis que he tenido en otros tantos matrimonios, en el espacio de poquísimos años. El primero fué un mozo de poca más edad que la mía, bella presencia, buen mayorazgo, gran nacimiento, pero ninguna salud. Había vivido tanto en sus pocos años que cuando llegó a mis brazos ya era cadáver. Aun estaban por estrenar muchas de las galas de mi boda cuando tuve que ponerme luto

El segundo fué un viejo que había observado siempre el más rígido celibato y al que, habiendo heredado por muertes y pleitos unos bienes copiosos y honoríficos, su abogado aconsejó se casase, por más que su médico hubiera sido de otro dictámen. Murió de allí a poco, llamándome hija suya, y juro que como a tal me había tratado desde el primer día hasta el último. El tercero fué un capitán de granaderos, más hombre al parecer que todos los de su compañía. La boda se hizo por

poderes desde Barcelona, pero, picándose con un compañero suyo en la luneta de la ópera, se fueron a tomar el aire juntos a la esplanada, y volvió solo el compañero, quedando mi marido por allá... El cuarto fué un hombre ilustre y rico, robusto y joven, pero tan jugador de corazón que ni aún la noche de la boda durmió conmigo, porque la pasó en una partida de «banca». Dióme esta primera noche tan mala idea de las otras, que lo miré siempre más como huésped que como precisa mitad mía en el nuevo estado. Pagóme en la misma moneda y murió de allí a poco de resultas de haberle tirado un amigo suyo un candelero a la cabeza debido a no sé que equivocación de poner a la derecha una carta que había de estar a la izquierda. No obstante todo esto, fué el marido que más me ha divertido, a lo menos por su conversación, que era chistosa. El quinto, que me llamó suya, era de tan corto entendimiento que nunca me habló sino de una prima que tenía y a quién quería mucho. La prima se murió de viruelas a los pocos días de mi casamiento y el primo se fué tras ella. Mi sexto y último marido fué un sabio, pero estos hombres no suelen ser buenos muebles para el matrimonio. Quiso mi mala suerte que en la noche de mi casamiento apareciese un cometa. Si algún fenómeno de estos ha sido cosa de mal agüero, ninguno lo fué tanto como éste. Mi esposo calculó que el dormir con su mujer sería cosa periódica cada 24 horas pero si el cometa volvía, tardaría tanto en dar la vuelta que el no lo podría observar, y así dejó aquello por ésto y se salió al campo a hacer sus observaciones. La noche era fría y lo bastante para darle un dolor de costado, del que murió. Todo eso se hubiera remediado si yo me hubiera casado una vez a mi gusto en lugar de sujetarlo seis veces a las conveniencias de

mis padres. La persona que a mí me pretendía y que a mí no me desagradaba, en obsequio a los suyos tuvo que casarse también contra su gusto el mismo día en que yo contraía matrimonio con mi astrónomo...

Lamentando que la fortuna no se mostrase más propicia a los protagonistas que nos describen las cansadas y pintorescas hojas del «Rastro», que nos dan una muestra del ingenio de olvidados escritores, callo y me remito al juicio de un escritor del 1900:

Dice: Yo protesto aquí solemnemente contra las ideas individualistas, inmorales, escépticas, y declaro que el hombre debe casarse necesariamente.

Y añade: Acerca de la edad que deben ser queridas las mujeres y de lo que es más propia para que el hombre se case materia es esta tan escurreidiza y expuesta a tropiezos que hay que poner la mano en la masa con mucho tiento y andarse por las ramas. Entiendo — repite — que el hombre debe casarse necesariamente y que debe hacerlo al día siguiente... de la víspera!

J. Soler Cazeaux

SUSCRIPCIÓN PRO AMBULANCIA

Suma anterior	77.567'20
J. T.	500
Miguel Sala	100
Manuel Puig	50
Empleados casa	
Comas	75
Isabel Torrent de Lloveras de New-York	300
J. Torres	15
J. F.	10
José Serra Vicens	500
José Serra Filoia	200
Hermanos Taberner	100
Fernando Roca	100
María Xifró Girbal	50
Rafael Buxó (Barcelona)	100
H. Y.	100
José Giróna	50
Sres. Sindicos de la quiebra A. Cantó	1000

80.817'20

San Feliu de Guixols 24 Diciembre 1954.